

Materia de otro mundo y fragmento

Gustavo Valle

Campamento de formol. Laboratorio
de tus días últimos. –¿Dónde están, señorita,
las cartas que me enviaron? Tu hijuelo
ha desaparecido sin dolor. –Madre,
llévatelo a pasear de vez en cuando.

*

La sangre sólo sabe sangrar,
sangrar. No se te ocurra
detener su melodía. Sangra
para botar lo que ya no te pertenece. El brazo
llora la mano que le falta. La sangre
debe salir y referirte.

Apoya
tu cara de vértigo. Mañana
te salvarás. Te veremos
salir de puntillas por el pasillo oloroso
a agua de colonia. Ella
cargará con tus juguetes. El día es tuyo. Afuera
los árboles silban, y sus hojas
también irán tras de ti. Todos
te acompañaremos. Quitá esa cara. El día
te pertenece.

*

—La vida, Doctor, está en otra parte. Hemos
perdido el adiós y su timbre. Nadie, es decir, nosotros
con el cauce de nosotros no somos más que eso. Aquí
la mano, el brazo, la cabeza. Dónde, Doctor,
dígalo con palabras propias. Anoche
soñamos con esqueletos.

Cristo en el madero. Arriba. A la cabeza del destino. En su potro de palo cabalgando por los campos de la guerra. Lejos, sí, muy lejos todavía. –Amigo, despierta. A la cabeza, ¿lo ves?, está su templo andrajoso. La sangre también te brota. Toca tu frente humedecida por sus glóbulos. Alivia tu herida con sus pies hechos de tierra. Escucha el doblar de su piel como mulas sudorosas. Y los pasos y el ruido de armaduras galopantes. Atiende, aguarda, ya vienen hacia tu pecho. Bajarán desde la cruz para llevarte.

*

Adónde la llevan. Adónde. Un cuerpo arrastra a otro. –El vendaje no deja ver el fantasma que eres. Bella, la más bella de las hermanas. Lugar de la belleza, lugar ahora de la guerra. Destino surcado por vidrios estallados en tus mejillas. Una Parca trabaja exclusivamente para ti.

Pequeño, pequeño, qué haces
a esta hora con tu cabeza volátil. Entraste
a la sala con manos mugrosas. Descolgado
de tus huesecitos en el cuarto de rayos.
Dónde están unidas tus partes. Yo
estoy en el codo que perdiste, y
mi hora te acompaña en las partes
que te faltan. Tu pie de alambre
cosido a la memoria del atleta. Tu pelo
brilla en los leones del safari. No vaciles
en acariciar el lomo de mi perro. Salta
para recomponer el mundo en cada golpe. –¡A vestirse,
benjamín, que vamos a salir
para jamás volver!

*

Silba la bayoneta en el pecho
partido de la guerra. Inmolaba el siglo
otro vástago. –Recuerda, el héroe
muere joven, desaparece su cuerpo. La raza
del padre obedece un destino. En los campos
derramados, boquiabiertos como ciénagas, silba
la costumbre viuda y orgullosa. Bayoneta
cubierta de flores. Duro beso
en el vértigo del pecho. –Soy,
querido benjamín, tu mitología. Vengo
de lejos a señalarte. Canta
la canción de los mutilados. Eres
mi cuerpo nuevo.

Las lombrices, sí, las asquerosas. ¡Qué manera de comer! Hambre de lobos, sus mandíbulas muerden en silencio. Hacen la digestión con la memoria del mundo. De niño me daban vértigo, las pisaba con horror. Su anatomía es tan débil que repugna. Ciegas bajo la hierba, mudísimas como peces. Portadoras de la materia encadenada. Mulas de tres estómagos en que viajamos para desenterrarnos. –¿A qué saben las lombrices? ¿Has visto como brillan?

*

–Sin odios, madre, sin cosas tristes. Ellos son infelices y desgraciados. ¿No ves cómo arrastran sus baúles, como cuelgan de sí mismos, mutilados de sí mismos? Ahora lloran aguas tan sucias que no puedo soportarlo. Y rezan los condenados con la desesperación hecha trizas. La culpa no es de nadie. Quizás de todos. Yo mismo calzaré la bota y levantaré la bandera y te veré en los salones de los capitanes bailando. Así son las cosas, madre, qué remedio. –Aquí me tratan con decoro. Aquí la muerte huele a lavanda.

Hay un temblor frío en las manos
del antiguo tratante. Hay olores químicos
en su aliento de clemencia. Hay más dedos
de los necesarios para ejercer la sanación. Hay trescientas
formas de mirar a los desastrosos. Hay una máquina
engrasada en sus piernas de emergencia. Hay fuerza
suficiente para matarnos a todos. Para soplar
en nuestras arterias invisibles. Para decirnos,
malamente, bienvenidos sean.

*

Te escribirán, ya verás, las cartas
no demoran. Pero es tan largo el viaje
de las palabras. Te dirán: –Vuelve pronto, estamos
ansiosos de abrazarte, tus hermanas han crecido
y piensan en ti, los amigos quieren
apretarte la mano con fuerza, tu madre
llora de la alegría de quererte, aquí
te extrañamos con sonrisas, regresa
a casa a la hora de comer, todo
estará listo sobre la mesa, vuelve pronto, no olvides
traerles algo a los niños, ellos
te nombran a diario en sus boquitas.